



Macroeconomía para la competitividad nacional

GERMÁN ALARCOTOSONI
Economista

Existen muchos lugares comunes y prejuicios en torno al rol que deben jugar los factores macroeconómicos para incrementar la competitividad de los negocios y de la economía en su conjunto. La lista de las materias comprendidas en lo macroeconómico es abundante, y las relaciones causales con la competitividad no solo son directas o inversas, sino

que reflejan una problemática más compleja. La presencia de diversos paradigmas y escuelas económicas agregan riqueza, pero rompen la naturaleza unívoca de tales relaciones. Asimismo, las respuestas de los agentes económicos ante las señales, estímulos o desincentivos no son universales ni permanentes, ya que dependen también de inercias, costumbres, interrelaciones previas,

nivel de desarrollo, factores sociales, ideológicos y políticos, entre otros factores.

La macroeconomía que impacta en la competitividad debe comprender los horizontes del corto, mediano y largo plazo. Sus materias corresponden a los bloques de las finanzas públicas, sector monetario y financiero (incluyendo el mercado de valores), sector externo (balanza de pagos y la problemática cambiaria), mercado laboral y los precios como temas tradicionales. Son también importantes los niveles de pobreza, distribución funcional y personal de ingresos, y los balances entre capacidad productiva, producción y demanda, y entre los otros bloques mencionados anteriormente. Se involucran cantidades, precios, valores nominales y reales. Los actores participantes corresponden al gobierno, a la autoridad monetaria y a las respuestas del sector privado que definen el panorama en los diferentes mercados.

ENTRE LO PERMANENTE Y LAS OPCIONES MÚLTIPLES

No existe un conjunto único de políticas macroeconómicas para crear el entorno adecuado o avanzar en una perspectiva activa. Las combi-

naciones posibles son numerosas, aunque es necesario reconocer que también hay claridad en los límites de determinadas políticas o resultados. La inflación es mala para los negocios, al igual que la deflación, que retrasa decisiones de gasto. Elevadas tasas de interés activas reales impactan negativamente sobre las decisiones de inversión, demanda y producción. Reducidos niveles de crédito al sector productivo no contribuyen al ambiente de los negocios. Una gran volatilidad de las paridades cambiarias no es buena para el comercio exterior, ni para el proceso de toma de decisiones en la producción. Un tipo de cambio real reducido disminuye la competitividad del sector exportador y las posibilidades de crecimiento de los sectores que atienden a la economía doméstica. Una demanda reducida o un ambiente recesivo son señales inadecuadas para las empresas. Elevados niveles de endeudamiento son una carga para las finanzas públicas y la sociedad en su conjunto.

No vamos a discutir sobre los diferentes paradigmas de política económica, pero es claro que el abanico en el campo de la macroeconomía va desde quienes plantean que la mejor política debe estar a cargo del mercado hasta quienes otorgan un mayor rol al Estado. Las diferencias se explican por los modelos

de funcionamiento de la economía que tiene cada teoría. Para los keynesianos y poskeynesianos, a partir de M. Kalecki (1954), la mejora en la distribución a favor de los estratos de menores ingresos es positiva para la ampliación de la demanda y la producción. En cambio, en la macroeconomía ortodoxa no tiene influencia alguna y es simplemente una preocupación de carácter social. Un mayor nivel de remuneraciones reales y menores niveles de pobreza son también positivos para la producción, mientras que en el paradigma tradicional pueden generar un menor nivel de contratación de trabajadores y de producción.

La macroeconomía aplicada también tiene limitaciones, tanto porque no se han realizado las evaluaciones estadísticas necesarias como por que las llevadas a cabo no son concluyentes, ni alguien puede garantizar que sean relevantes para toda circunstancia. Una política de superávit en las finanzas públicas es negativa para la competitividad, en tanto que la inyección generada por el mayor gasto público es menor a la filtración por los impuestos que le dieron origen. Se retira demanda agregada en lugar de agregarla, afectando negativamente el nivel de producción. Un déficit público excesivo, no financiado "adecuadamente", genera mayores presiones inflacionarias y afecta al entorno macroeconómico. Ante estas circunstancias, ¿cuál es el nivel de déficit público que coadyuvaría a la competitividad?

En otro orden de ideas, el superávit fiscal reduce demanda, pero también disminuye la prima de riesgo país. El resultado final sobre la competitividad, para países como el nuestro, sería negativo, por los mayores niveles de tasas de interés respecto de los internacionales, la menor

Foto: www.bloghills.com



asignación del crédito a actividades productivas y la baja penetración del sistema financiero respecto al producto. En economías más competitivas y de mayor desarrollo financiero, el resultado podría ser diferente. En el campo de los tipos de cambio, una moneda depreciada es positiva para el comercio internacional, rentabilizando exportaciones y frenando importaciones. Sin embargo, el tránsito de una moneda subvaluada a otra depreciada es peligroso por los efectos inflacionarios y distributivos que puede generar. Un saldo creciente de la balanza de pagos parece positivo, pero se generan tendencias para que la moneda nacional se aprecie. ¿Cuál es el resultado de la balanza de pagos conveniente para el tipo de cambio? ¿Cómo podemos arribar a un tipo de cambio real útil a la competitividad?

PARTICULARIDADES NACIONALES

La búsqueda de una mayor competitividad nacional, desde el ámbito de la macroeconomía, requiere prestar atención a diversas variables en particular. La severa caída del tipo de cambio real (TCR), la amplia diferencia entre las tasas activas y pasivas de interés del sistema financiero y los reducidos niveles de las remuneraciones reales tendrían impactos negativos sobre la competitividad. El bajo nivel del TCR no solo disminuye los ingresos de los exportadores, también afecta a la producción nacional y pone en peligro, por la enfermedad holandesa, a todas las otras exportaciones no primarias. Los amplios diferenciales entre las tasas de interés, que benefician a las instituciones financieras, perjudican a los tomadores de crédito y a los ahorristas. No hay mucho que comentar en el caso de las reducidas remuneraciones reales en una economía donde predominan los precios internacionales.

Frente a estos problemas, se deducen implícitamente algunas recomendaciones de política. Sin embargo, lograr la reducción del nivel y del margen de intermediación financiera no es trivial. La introducción de instrumentos de depósito del gobierno es una opción a explorar (por ejemplo, reactivar los bonos tipo C de Cofide). En el ámbito de lo cambiario, hay un conjunto de políticas sobre la mesa que rebasarían los alcances de esta nota. Las intervenciones del Banco Central de Reserva del Perú (BCRP) para evitar la apreciación del sol son insuficientes. La mitigación de la volatilidad cambiaria exige regular estrictamente las entradas de capital de corto plazo y modular los ingresos de divisas por las exportaciones. La modificación de los esquemas de regalías mineras y de los hidrocarburos puede ser un instrumento para condicionar los volúmenes de producción y exportaciones.



En una perspectiva de mediano plazo, es insoslayable la eliminación de la pobreza y reducir drásticamente la desigualdad. Una mayor competitividad requiere de mercados más amplios debido a las mayores economías a escala y al cambio técnico endógeno (efecto aprendizaje). Una mayor desigualdad reduce la propensión a consumir promedio, que implica menos demanda agregada y genera espacios para el surgimiento de crisis por insuficiencia de demanda efectiva. También con mayor desigualdad hay menor estabilidad económica, social y política. Mejores condiciones laborales, incluyendo remuneraciones reales más altas, no solo mejoran las condiciones de vida, sino que promueven el incremento de la productividad (véase las teorías de los salarios de eficiencia) y de la calidad, elementos esenciales para elevar la competitividad.

Queda claro que potenciar la contribución de la macroeconomía a la competitividad no es una cuestión secundaria. La mejora del entorno macroeconómico requiere también reformas institucionales importantes. El BCRP debe incorporar como funciones complementarias a la estabilidad monetaria (lucha contra la inflación) la de contribuir a maximizar los niveles de ocupación y moderar las tasas de interés en el largo plazo, como lo hace la Reserva Federal norteamericana. En forma complementaria, es necesario redefinir las funciones del Ministerio de Economía y Finanzas, orientándolas a contribuir al crecimiento y a la generación de empleo, e introducir en forma permanente la política fiscal anticíclica con la regla de balance estructural u otra que se active bajo condiciones que se revisen periódicamente. Solo así tendremos la capacidad de hacer frente a crisis futuras y contribuiremos a la competitividad del país. ■